

Revista Aragonesa de Teología

Año XXI · Nº 43 · 2016
Enero · Junio



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2016



Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de redacción:
Ernesto Brotóns
José Ignacio Blanco
Luis M^a Torra
José M^a Andreu Celma

Administración:
C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza
Telf. 976467378

Suscripciones:
Secretaría del C.R.E.T.A.

Confección y maquetación:
C.R.E.T.A.

Impresión:
CENTRO ESPECIAL DE EMPLEO
MANIPULADOS MONTEVEDADO, S.L.U.
C/. Paso, 250
50162 Villamayor de Gállego (Zaragoza)

ISSN: 1135-0447
Depósito legal: Z-169-95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>La oración cristiana como amistad o unión con Dios</i> José M^a Andreu Celma	7
2. <i>Encuentros generativos</i> Eduardo Pérez Pueyo	31
3. <i>La conciencia moral</i> Carmen Herrando Cugoto	39
4. <i>La filosofía cristiana de María Zambrano</i> José Antonio Calvo Gracia	49
5. <i>¿Cómo dar lo que no tenemos a aquel que no lo pide?</i> <i>(Reflexiones pastorales en clave educativa)</i> Carmen Eguílaz Alsúa-Andrés García Inda	59
6. <i>La teología natural de Jenófanes de Colofón: primera purificación racional de la religión griega</i> Damián Saez Abillar	67

EDITORIAL

¡Apasionante! Así es el momento en que vivimos. Todo manifiesta cambio, incertidumbre, novedad, inestabilidad, indecisión, búsqueda. También ambigüedad, ¿miedo?, desconcierto, ¿banalización?, poca solidez, poca estructura, mucha fachada, apariencia, imagen, ¿contenido?, formas externas, transparencia a la vez que grandes o pequeños vestidos que cubran lo incorrecto. Escenario donde representar lo que interesa mostrar y, a la vez, proscenio donde negociar y pactar, resolver y ocultar lo que el gran público no debe saber.

Con una cultura líquida, donde el criterio es la capacidad de adaptarse a quien recibe el mensaje y donde el lenguaje se confía a la imagen, más evocadora, menos racional que la palabra, más abierta a interpretaciones y menos atada a los contenidos, todo se intenta escenificar, pero todo, en la medida que aparentado, se banaliza, se trivializa, se cambia continuamente. ¿Hay algo estable y permanente?

La sociedad se encuentra fragmentada entre quienes entran en el juego de la cambiante diversión, piden más escenografía y fomentan el cambio continuo con una exasperante sensación de levedad que condena a la obra de arte a ser destruida como expresión de una vida en la que todo es efímero, frágil y puntual. Ya no hay creación de obras clásicas destinadas a permanecer, porque todo nace para la destrucción.

Otros, recogen la necesidad psicológica de estabilidad y reclaman estructuras e instituciones de convivencia que aporten el sentido de permanencia que permite hacer previsiones y adelantarse al tiempo, cauce fundamental para promover las inversiones, las grandes decisiones de futuro que acompañan a la actividad económica y a la participación política. Sin un ambiente estable el ser humano se encuentra desorientado y desconcertado. No sabe, pero siente inseguridad y nostalgia.

Consciente de los problemas sociales, más que de los culturales, hay una reclamación nostálgica de justicia social. Porque no hay proyectos sociales innovadores, se echa la vista atrás reclamando caminos trasnochados y negativos, pero eso sí, bien envueltos en papel decorado de derechos individuales más propios del liberalismo decimonónico, con formas y lenguajes del siglo XXI. La permanente sed de justicia social se envuelve en ropas viejas sacadas del armario de la historia, pasada pero no digerida, como si hubiera fórmulas mágicas para la tarea humana de la historia. Como si la solidaridad fuera una forma político-química de efectos abracadabrantes.

Todo parece instalado en la transitoriedad y programado para la obsolescencia. Nada perdura ni debe permanecer. ¿Menos la Iglesia?

Efectivamente, la Iglesia tenemos la convicción de tener vocación de permanencia en lo que constituye el núcleo de su misión: Hacer presente a Jesús, compañero de la Historia, con su evangelio de perdón y de esperanza, con su invitación al amor agradecido porque Dios, Padre de todos, nos ha predestinado con Él a entrar en su casa por la puerta grande de los hijos y a ser, en este tiempo de espera impaciente, signos de esperanza y compañía cercana de los que más sufren.

Pero en la forma de hacer realidad este mensaje podríamos aprender un poco más de este mundo cambiante, al menos en lo que a flexibilidad se refiere.

Nuestro clericalismo permanece inalterable. Cambian las cabezas jerárquicas de la comunidad, pero todo lo demás sigue exactamente igual. La muerte, con el goteo continuo de defunciones de curas ancianos y menos ancianos, va cambiando los rostros de quienes dirigen, orientan y presiden las comunidades parroquiales, pero no se hace una reflexión profunda sobre la posibilidad de un cambio en la distribución de funciones pastorales y el reconocimiento de los seglares, algunos muy bien preparados teológicamente, para su incorporación seria a las tareas de la acción pastoral. Nuestras formas tienen que contagiarse, un poco, de la transitoriedad histórica para someterse al sentido instrumental de la funcionalidad y la significación. Algunos cambios serían muy ventajosos, muy eficientes y muy significativos. Serían señales importantes de integración y participación de todos en lo que atañe a toda la comunidad y no es patrimonio de unos pocos. Muchos lo están esperando, pero los nostálgicos de formas pasadas siguen instalados en el dilema: ¿Cambio o estabilidad? ¿Seguridad o incertidumbre? ¿Búsqueda o permanencia? ¿Más de lo mismo y con los mismos o algo nuevo y con personas nuevas? Somos la Iglesia del camino de la vida.

La oración cristiana como amistad o unión con Dios

Rev. Aragón. Teol. 43 (2016)

José M^a Andreu Celma

"Alegraos conmigo. He encontrado la moneda que buscaba" (Lc 15, 9). Rezando y estudiando he encontrado mi verdad en Dios. Mi sed de verdad era mi oración. Quien busca la verdad, "escuchando su voz" (Jn 18, 37), la encuentra. Amándola, entra en ella. "He entendido qué cosa es andar mi alma en verdad delante de la misma Verdad"¹. Esta es la verdad pequeña y sencilla que empiezo a ver después de una vida entera de investigación y meditación ardiente: "un nuevo entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender de hombre y un nuevo amar a Dios en Dios, desnuda ya la voluntad de todos sus viejos querer y gustos de hombre"², algo que se inmerge profundamente en las invisibilidades de Dios. Esta Verdad de Dios nos hace libres (Jn 8, 32), también en nuestra relación con Él.

La experiencia que quiero compartir es la experiencia de Dios. "Con este término entendemos la percepción de la realidad de Dios tal como viene a nosotros, actúa en nosotros y por medio de nosotros, arrastrándonos hacia Él en una comunión, una amistad, en un ser el uno para el otro. Nos captamos en relación con Dios. En esto consiste la experiencia religiosa"³. Un mundo infinito se abre como algo absolutamente nuevo cuando uno comienza a vivir hacia dentro.

La oración es la expresión inmediata y primaria de esta experiencia. Somos como oramos. La oración es el espejo del alma. Las formas de oración nos revelan la imagen de Dios, la calidad de la relación religiosa, los componentes emocionales que la acompañan, las formas de acción ética que se derivan de ella e incluso los tipos de organización social en que cristaliza. Crecer en vida cristiana es mejorar en la oración: "quien quiera ir adelante aprovechando en el camino espiritual ha de mudar estilo y modo de oración y ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya y otro espíritu"⁴.

Estas sencillas reflexiones, secreta y entrañablemente regadas por la vida, se nutren y enriquecen también de las experiencias de Dios que embargaban a los Santos Maestros de la vida espiritual, tal como aparece en sus escritos que nos invitan a poner los

1 Santa Teresa de Jesús, Libro de la Vida, 40, en *Obras completas*, 184.

2 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo, L. 1, t5r, 7", en *Obras completas*, 269.

3 Congar, Y., *El Espíritu Santo*, 25.

4 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva, 3, 57", en *Obras completas*, 1007.

ojos en el ábismo de la fe, abismo donde todo lo demás se absorbe. Ellos son la imagen concreta de auténtica vida cristiana en testigos elocuentes. En sus experiencias reconocemos la verdad de la nuestra. "Me agrada usar de las palabras de los santos siempre que oportunamente se puedan adaptar a los asuntos que trato, para que así se hagan más gratas, a lo menos por la belleza de los vasos, las cosas que presento al lector"⁵.

Entre los grandes maestros y testigos de la fe mis preferencias van por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, "los santos más impresionantes como maestros en el camino de fe hacia Dios," decía E. Stein. Los dos, "a pesar de la diferencia de sus caracteres, de su estilo literario y aun del tipo de santidad y de la diversa valoración de las gracias místicas extraordinarias, son de una misma opinión en cuanto a la concepción fundamental de la vida interior. El "Castillo interior" lo mismo que los escritos del Santo Padre Juan, han sido compuestos después de haber vivido ambos durante algunos años en Ávila en un intercambio íntimo de ideas. La santa Madre llamó desde entonces a su joven colaborador "Padre de su alma", y Juan aludió ocasionalmente a los escritos de la Santa para ahorrarse mayores explicaciones, que en aquéllos podían encontrarse"⁶.

Santa Teresa de Jesús, maestra de oración, nos enseña a vivir la oración como amistad con Dios, amistad que sólo podemos experimentar siendo de alguna manera iguales a Él y conviviendo con Él: tendré que "estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya"⁷. San Juan de la Cruz, doctor de la fe, nos aclara cómo podemos llegar a ser "Dios por participación": "El amor hace igualdad y semejanza entre lo que ama y es amado"⁸; "el alma que ama desea hacerse semejante al Amado"⁹. Y nos anima a no tener miedo de entrar en la noche oscura que, por necesidad, viviremos al dejar los primeros modos, infantiles, de oración para alcanzar una relación más profunda y adulta con el Señor. A todos llama a vivir en este maravilloso recogimiento pero "el camino es estrecho, abrupto y difícil. La mayor parte se quedan en el camino. Muy pocos logran pasar de los primeros comienzos, siendo un pequeño número el que llega hasta a la meta"¹⁰.

A los que quieren ir por este camino Santa Teresa les recuerda que "importa mucho y el todo una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, travájese lo que se travajare, mormure quien mormurare, siquiera llegue allá, siquiera muera en el camino u no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo"¹¹. Si nos guiamos por ese principio todo lo que ahora se nos antoja extrañísimo se tornará familiar y entrañable.

Para entender una doctrina cargada de experiencia y vida es necesario partir de otra experiencia similar. "Sólo un hombre religioso puede comprender la vida religiosa ya que, en otro caso, no dispondría de datos genuinos. Sobre todo comprensibilidad no

5 S. Bernardo, "Homilías sobre la Virgen Madre 3", en *Obras completas I*, 206.

6 Stein, E., "Ciencia de la Cruz" en *Obras completas, V. Escritos espirituales*, 355. "La bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas a luz", "Cántico A, 12, 6", en *Obras completas*, 642.

7 Santa Teresa de Jesús, "Camino de perfección 22, 7", en *Obras completas*, 267.

8 S. Juan de la Cruz, "Subida del Monte Carmelo, L. 1, 4, 3. 4", en *Obras completas*, 261-262.

9 S. Juan de la Cruz, "Cántico A. Canc. 35" en *Obras completas*, 715.

10 Stein, E., "Ciencia de la cruz", en *Obras completas, V. Escritos espirituales*, 232.

11 Santa Teresa de Jesús, "Camino de perfección, 21, 2", en *Obras completas*, 260.

quiere decir racionalización, disolución de una vivencia en sus componentes lógicos”¹². “¿Acaso es posible que se conozcan estas cosas a través de unos escritos de tinta? ¿O puede acaso el gusto de la miel pasar de los escritos al paladar del lector? Si no buscas con insistencia, no encontrarás; si no llamas con perseverancia y no vigilas a la puerta con paciencia, no obtendrás respuesta”¹³.

Cada cual tenemos nuestra experiencia de oración; cada cual entiende la oración según la experiencia que tiene. “¿Te imaginas que solamente con palabras precisas, verdaderas, adecuadas, claras, sinceras, será posible describir el amor del Señor, humildad, santa pureza, iluminación divina, temor de Dios y confianza del corazón? ¿Crees que palabras de tal naturaleza las va a entender alguien que no haya experimentado lo que significan? Si lo piensas de este modo eres semejante al que con palabras y ejemplos se esfuerza por hacer entender la dulzura de la miel a quienes nunca la hayan probado”¹⁴.

S. Juan de la Cruz declara que muchos, por falta de experiencia, no pueden imaginar lo que son las cosas de Dios: “Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia son más maravillosas y menos creíbles...no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí. Pero a todos éstos yo respondo que el Padre de las lumbres, cuya mano no es abreviada, y con abundancia se difunde, sin aceptación de personas doquiera que haya lugar, mostrándose siempre también a ellos en los caminos y vías alegremente, no duda ni tiene en poco tener sus deleites con los hijos de los hombres de mancomún en la redondez de la tierra”¹⁵.

1. Envueltos en la tiniebla divina

No hay verdadera relación con Dios al margen del misterio. Dios viene a nuestro encuentro como un “Dios cercano”, que no sería Dios si no fuese a la vez un “Dios lejano” (Jr 23,23); “verdaderamente Tú eres un Dios escondido: el Dios de Israel, el Salvador” (Is 45, 15). Santa Teresa es consciente de que “para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones. Él no es de nuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos”¹⁶.

Te invito a pensar sobre algo que merece una profunda reflexión; mediante una reflexión orante, buscamos, en diálogo con Dios, comprender cómo podemos relacionarnos con Aquél que está siempre presente, pues *en Él nos movemos, existimos y somos* (Hch 17, 28), siendo “el verdadero Infinito”, el Infinito de otra manera, el que tiene, en expresión de S. Anselmo, un modo de ser que supera toda capacidad de nuestro pensar.

12 Heidegger, M., *Estudios sobre mística medieval*, 215-216.

13 Isaac de Nínive, “La oración”, en *El don de la humildad*, 133.

14 S. Juan Clímaco, “Escalón 25”, en *La escala espiritual*, 181. “Cuando los sentidos del hombre están perfectamente unidos con Dios, lo que Él ha dicho misteriosamente se esclarece. Pero cuando falta esa unión es muy dificultoso hablar de Dios”, “Escalón 30”, en *op. cit.*, 257.

15 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva, Canc. 1, 15”, en *Obras completas*, 925.

16 Santa Teresa de Jesús, “Libro de la Vida, 8, 5”, en *Obras completas*, 53.

Dios es la realidad primera y más inmediata en la que estamos; por su absoluta proximidad es la menos conocida y la más difícil de conocer; nos cuesta percibirla porque no tenemos distancia suficiente para captarla. Habitamos desde siempre en ella; porque inunda por dentro y por fuera toda nuestra realidad nos resulta endiabladamente difícil reconocerla en su ser de puro don. Sentimos la presencia de Dios en todas partes aunque envuelta en un misterio inmenso, sublime, rudo. La barruntamos más que la comprendemos. “Esto significa seguramente una percepción muy oscura que apenas es posible llamar conocimiento. San Agustín, quien buscó el camino de Dios sobre todo a partir del ser interior y quien indicó en frases siempre nuevas el empuje de nuestro ser más allá de sí mismo hacia el ser verdadero, expresa, al mismo tiempo y de muchas maneras, nuestra impotencia para captar lo inasible”¹⁷.

Adentrándonos en lo profundo de su Misterio Santo vamos descubriendo un Absoluto no contrapuesto a lo que no es Él, sino posibilitando y favoreciendo la alteridad no divina que Él mismo crea y mantiene en el ser. Nuestra vida consiste en aprender a escuchar la voz de Dios para orientarla hacia Él. Para ello debemos superar el concepto de infinito como prolongación indeterminada de una magnitud sin fin, sea espacial o temporal. Necesitamos también tener una agilidad mental que atienda a la trascendencia de Dios sin caer en el alejamiento, y a la inmanencia sin caer en la identidad, y al equilibrio entre ambas sin caer en la yuxtaposición.

Dios como misterio nos envuelve y está muy lejos. Es simultáneamente inmanente y trascendente, próximo y lejano, comprensible e incomprensible. Su presencia es discretamente una ausencia, permanece como lo más lejano en la más próxima proximidad, como la lejanía de la proximidad. Hay en la revelación una especie de dialéctica de luz y oscuridad, revelación y misterio. Luz y oscuridad, sí, mucha oscuridad y de nuevo luz. Hay dos movimientos que se buscan sin cesar, se encuentran, después vuelven nuevamente a buscarse. Luz y tinieblas, muchas tinieblas y nuevamente la luz. Compartiendo con el lector este mi “entender no entendiendo”, solo quiero colocarlo ante el inaprensible misterio divino, ante el Dios “envuelto en tinieblas”, invisible y trascendente, innominado e inefable, para forzarle así realmente a salir fuera de sí y por encima de sí mismo introducirlo en ese acto que se llama fe, entrega, amor, adoración callada y postrada con todo el ser ante el misterio divino, donde ya no se discurre sino que se adora, donde uno ya no domina sino que es subyugado.

Ese infinito absoluto, luz y fuente de toda luz, amor incondicional y origen de todo amor, verdad plena de todo ser y manantial puro de todo cuanto existe se hace presente en nuestro inefable anhelo de vida eterna.

La búsqueda de Dios es ardua y difícil. La vida humana resulta, entre otras cosas, tan enigmática porque se sustenta en un centro tan inasible, de tan difícil logro, ya que “el supremo conocimiento que tenemos de Dios es saber que no lo conocemos, en cuanto conocemos que lo que Dios es excede todo lo que de Él conocemos”¹⁸. “Nadie conoce las huellas de tus pasos” (Sal 76, 20). Tras esas huellas, cuyo rastro está infinitamente

¹⁷ Stein, E., *Ser finito y ser eterno*, 43.

¹⁸ Santo Tomás de Aquino, “De Potentia, q. 7, a. 5, ad 14” en *Quaestiones disputatae II*, Marietti, Taurini-Romae 1965, 200.

presente e infinitamente borrado, sale desde el gemido y el clamor el que busca a Dios. “Muy bien haces, ¡oh alma!, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a Él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar. Quiero decir que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de Él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y deleítate en lo que no puedes entender y sentir de Él; que eso es buscarle en la fe. Que pues es Dios inaccesible y escondido aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido y le has de servir escondido en escondido”¹⁹.

Con S. Anselmo nos dirigimos en silencio y soledad a Dios pidiéndole que nos muestre su rostro: “¡Oh, Señor, Dios mío!, enseña a mi corazón dónde y cómo te encontrará, dónde y cómo tiene que buscarte. Si no estás en mí, ¡oh, Señor!, si estás ausente ¿dónde te encontrará? Desde luego habitas una luz inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa luz inaccesible? ¿Cómo me aproximaré a ella? ¿Quién me guiará, quién me introducirá en esa morada de luz? ¿Quién hará que allí te contemple? ¿Por qué signos, bajo qué forma te buscaré? Nunca te he visto, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro. ¿Qué hará, Señor omnipotente, este tu desterrado tan lejos de Ti? ¿Qué hará tu servidor, atormentado con el amor de tus perfecciones y arrojado lejos de tu presencia? Fatígase intentando verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a Ti y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte e ignora dónde vives. No suspira más que por Ti y jamás ha visto tu rostro. Señor, Tú eres mi Dios, Tú eres mi maestro y nunca te he visto. Tú me has creado y rescatado. Tú me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. Finalmente, he sido creado para verte, y todavía no he alcanzado este fin de mi nacimiento”²⁰.

“Busquémosle de tal modo que estemos siempre buscándole, y cuando Él venga a buscarnos diga de nosotros: *Esta es la raza que busca al Señor, la que busca la presencia del Dios de Jacob*”²¹. Dios conoce los vericuetos del amor: unas veces se oculta para que sigamos buscándole, y otras se manifiesta, para que no nos cansemos de buscarle. “Dios se deja buscar, dice S. Agustín, para dejarse encontrar. Él se deja encontrar para que le busquemos nuevamente”. Después de cada momento importante de gracia tenemos la impresión de que comenzamos precisamente ahora a comprender nuestra vocación”²². Cuando nos acercamos a Dios, ya somos sostenidos por Él, porque es propio de la dinámica de la luz divina iluminar nuestros ojos cuando caminamos hacia la plenitud del amor. “Nadie te buscó debidamente sin hallarte. Y debidamente te buscó el que recibió de Ti el don de buscarte como se debe”²³.

2. Carácter procesual y personal de la experiencia religiosa

La meta de la vida cristiana es la identificación progresiva con Cristo, la gestación de la nueva criatura, la formación del hombre nuevo que será revestido de Cristo, asociado

19 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Can 1, 12”, en *Obras completas*, 746.

20 S. Anselmo, “Proslogion”, *Obras completas I*, 363.

21 S. Bernardo “Sermones varios. Sermón 3”, en *Obras completas VI*, 79.

22 Stein, E., “Vida escondida y epifanía”, en *Obras completas V. Escritos espirituales*, 638.

23 S. Agustín, “Soliloquios, I, I, 6”, en *Obras completas I*, 441.

a su muerte y a su vida; quedará arraigado y edificado en Él para vivir en la libertad, en la gratitud y en la comunión la plenitud de su don. “Un discípulo no es más que su maestro, aunque, terminado el aprendizaje, cada uno le llegará a su maestro” (Lc 6, 40). Partimos de la convicción, casi instintiva y directa, de que el cristiano debe llegar a ser santo, de que llega a serlo despacio, de que siempre puede hacerse más perfecto, de que puede crecer en santidad y amor a Dios, de que su vida se mueve hacia una meta de la cual no se puede decir que ya la ha alcanzado, sino que a ella se acerca progresivamente. El Cántico espiritual describe “el orden desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega a el último estado de perfección, que es matrimonio espiritual; y así se tocan los tres estados o vías de ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son purgativa, iluminativa y unitiva. Hay, por lo tanto, principiantes, aprovechados y perfectos”²⁴.

El amor a Dios es un proceso que siempre está en camino: nunca se da por concluido y completado²⁵. Nadie “ha de pensar que él lo tiene todo ni que Dios querrá dejar de llevar al alma más adelante.” La obra de arte necesita muchos retoques para llegar a la perfección: “no cualquiera que sabe desbastar el madero sabe entallar la imagen, ni cualquiera que sabe entallar sabe perfilarla y pulirla; y no cualquiera que sabe pulirla sabrá pintarla ni cualquiera que sabe pintarla sabrá poner la última mano y perfección. ¿Cómo llegará el alma hasta la última perfección de delicada pintura, que ya ni consiste en desbastar, ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios en ella ha de ir haciendo? Porque ¿en qué parará la imagen si siempre se ejercita en ella no más que el martillar y desbastar? ¿Cuándo se ha de acabar esta imagen? ¿Cómo o cuándo se ha de dejar a que la pinte Dios?”²⁶

En la vida cristiana hay un crecer y un madurar. Los maestros espirituales recomiendan la pedagogía de los pequeños pasos. “Avisoos que no se hace este negocio en breve tiempo y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos (Ga 5, 24), los que quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión (Jos 3, 10) hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice en muchos años se cumple”²⁷.

24 S. Juan de la Cruz, “Cántico B. Argumento”, en *Obras completas*, 740. Esta división en incipientes, proficientes y perfectos la encontramos en autores de la Edad Media, como Santo Tomás y San Buenaventura. Desde el siglo XIII estos tres grados fueron confrontados con la tríada del Aeropagita que distinguía tres vías: vía purgativa, iluminativa y unitiva. S. Agustín orienta la ascensión hacia el amor y distingue amor incipiente, amor proficiente, gran amor y amor perfecto. Ideas que recoge su discípulo Gregorio Magno. Ver K. Rahner, “Sobre el problema del camino gradual hacia la perfección cristiana”, en *Escritos de Teología III*, 13-33.

25 Los grandes místicos insisten en que la vida cristiana es un continuo avanzar, un sobrepasar continuamente cada meta. Ver la *Escala del Paraíso*, de san Juan Climaco; la *Vida de Moisés* de san Gregorio de Nisa; los *Grados de la humildad y de la soberbia*, de san Bernardo; la *Subida al Monte Carmelo*, de san Juan de la Cruz; el *Camino de Perfección* de santa Teresa de Jesús.

26 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva, 3, 57.58”, en *Obras completas*, 1007-1008.

27 S. Juan de Ávila, *Audi, filia*, 240.

Debemos respetar las etapas del proceso: “Los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester, conforme a su edad, leche de niños (1Co 3, 1); y quien los quisiere criar con manjar de grandes, y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme a lo cual se le ha de dar su mantenimiento; y como dice el experimentado y santo Bernardo “el camino de la perfección no se ha de volar sino pasear”. Ni piense nadie que es todo uno entenderla y tenerla”²⁸.

Pero también debemos vivir nuestra vida cristiana avanzando siempre poco a poco. La carta a los Hebreos amonesta a los que se aferran “a los primeros rudimentos de los oráculos divinos” cuando deberían ser “maestros”; y los urge a abandonar la “leche” de los principiantes y a desear “el manjar sólido” de los perfectos que es la contemplación de Cristo en el gran misterio del sacrificio redentor que renueva toda la tierra: “Pues todo el que se alimenta de leche no es capaz de entender la doctrina de la justicia, porque es aún niño. Mas el manjar sólido es para los perfectos, los que en virtud de la costumbre tienden los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo” (Hb 5, 13-14). S. Bernardo recuerda: “No yo, sino el mismo Príncipe y Pastor de la Iglesia os advierte: Como niños recién nacidos, ansiad la leche auténtica, no adulterada; pero no os quedéis en ella, sino creced con ella en la salvación. Otro texto sagrado lo dice con más claridad: Rebosad de gozo todos los que os lamentabais de ella —de Jerusalén, según el contexto— para que bebáis leche y os saciéis de la abundancia de sus consuelos. Y así, cuando se os quite la leche, banqueteeis participando en su gloria. Este es el estado del hijo robusto que vive bajo el Padre. Ya no toma leche, sino alimento sólido”²⁹.

Hay que pasar del “entender de Dios como pequeñuelos, y hablar de Dios como pequeñuelos, y saber y sentir de Dios como pequeñuelos, por no haber llegado a la perfección, a la unión del alma con Dios; por la cual unión ya como grandes obran grandezas en su espíritu, siendo ya sus obras y potencias más divinas que humanas”³⁰.

“No hay término en el camino de subida hacia Dios. La meta que te habías fijado es principio de un nuevo ascenso. No por haber conseguido lo que esperábamos hay que dejar de seguir subiendo... Lo que todavía desconoce es infinitamente mayor de lo que hasta ahora conoce... Así el que mira aquella divina e invisible hermosura, aunque ya la hubiere hallado, la encuentra cada vez más nueva y admirable, pues cada vez la halla más divina y magnífica. La esposa, admirada y sobrecogida por lo que va conociendo, sigue aumentando el deseo de ver lo que es dado en la contemplación”³¹. “Levántate y ven. Al que se levanta le queda siempre la posibilidad de subir más. El que corre tras el Señor descubre siempre nuevos campos espaciosos hasta llegar al fin de su carrera por Dios. Es necesario levantarse siempre y ponerse en movimiento hacia la meta sin dejar de correr”³². S. Pablo nos da ejemplo: “No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús” (Flp 3, 12).

28 S. Juan de Ávila, *Audi, filia*, 82.

29 S. Bernardo, “Sermones varios. Sermón 8”, en *Obras completas* VI, 103.

30 S. Juan de la Cruz, “Noche oscura. L. 2. C. 3, 3”, en *Obras completas*, 525.

31 S. Gregorio de Nisa, “Homilía 11”, en *Comentario al Cantar de los Cantares*, 171-172.

32 S. Gregorio de Nisa, “Homilía 5”, en *Comentario al Cantar de los Cantares*, 93.

Ciertamente “Dios quiere que todos los hombres se salven... porque Jesucristo se entregó a sí mismo en rescate por todos” (1Tm 2, 1- 6; Hb 9, 28). “Salvador de todos los hombres” (1Tm 4, 10), con Él “apareció la gracia de Dios que trae la salvación a todos” (Tt 2, 11), por lo que la Iglesia “es pensada para el beneficio de todos, para que ellos sean salvados” (1Co 10, 33). El pecado de todos ha provocado-traído sobre todos una absolución inconcebiblemente más rica y abundante. Así, “Dios ha encerrado a todos en la desobediencia para tener misericordia de todos” (Rm 11, 32). “Mirad que convida el Señor a todos; pues es la Verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite no los llamara Dios a todos, y aunque los llamara no dijera: Yo os daré de beber. Pudiera decir: venid todos; que, en fin, no perderéis nada, y los que a mí pareciere yo les daré a beber. Mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará este agua viva”³³ Jesús, divinamente comunicativo, “no está deseando otra cosa sino tener a quién dar”³⁴; “tan grande es su misericordia que a nadie quitó procurase venir a esta fuente de vida a beber”³⁵.

Todos los hombres nacemos bajo el arco iris de la Alianza. La Alianza es única para todos, pero su texto va acompañado de un acuse de recibo enviado a cada uno. La Palabra se deposita en el núcleo de nuestro ser. Dios nos ama tanto que ha querido que cada uno de nosotros fuera entretejido por su Palabra antes incluso de ser concebido. Antes de que existiera estaba en el corazón silencioso del Padre. Mi preexistencia estaba llena de su amoroso conocimiento: “Antes que te formara en el vientre te conocí” (Jr 1, 5). “Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno... conoces perfectamente mi aliento, no se te oculta mi osamenta. Cuando me iba formando en lo oculto y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi embrión. Se escribían en tu libro, se definían todos mis días antes de llegar el primero” (Sal 139, 13-16). Antes incluso de nuestro nacimiento, Dios nos conoce hasta la médula de nuestros huesos, hasta nuestros pensamientos y deseos (Is 49, 1-5; Ef 1, 4-10).

Dios, “portador sin nombre de todos los nombres” como lo llama Dionisio Areopagita, me da mi verdadero nombre, el que corresponde a mi esencia y a su proyecto inicial, un nombre secreto y único: “Al vencedor le daré a comer del maná escondido y le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un nombre nuevo que sólo conoce quien lo recibe” (Ap 2, 17). La piedra blanca hace referencia a una costumbre de Asia Menor, según la cual las invitaciones al banquete real se grababan en piedras. Este nombre secreto expresa una prerrogativa personal. Porque el nombre nuevo significa la transfiguración de la persona, que Dios considera como un verdadero invitado.

La distinción nominativa es el instrumento mismo de nuestra comunicación con Dios. “Te conozco por tu nombre”, le dice el Señor a Moisés (Ex 33, 7). También Jesús va llamando por su nombre a sus ovejas mientras las va sacando del recinto. Las ovejas lo siguen porque conocen su voz (Jn 10, 3-4).

33 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 32, 7”, en *Obras completas*, 257.

34 Santa Teresa de Jesús, “Moradas sextas, cap. 4, 12”, en *Obras completas*, 416.

35 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 33, 1”, en *Obras completas*, 257.

El nombre con el que me conoce el Amor divino me descubre la interpretación original y particular del Ser divino que debo ser yo. La verdad de nuestra vida está dada ya de antemano, pero es preciso que seamos capaces de captarla en la Palabra que nos precede, nos acompaña y nos guía. Mi personalidad original, la verdad de mis raíces divinas, la voy descubriendo en la oración para realizarla después.

Debemos respetar el itinerario espiritual de cada uno: "lleva el Señor a cada uno como ve que es menester"³⁶. No hay solamente un camino; para el hombre hay tantas vías de aproximación a Dios como pasos sobre la tierra o caminos hacia su propio corazón. "De mil modos diferentes puede el Señor comunicar al hombre sus luces, para que le conozca sobrenaturalmente. El Espíritu Santo no está sujeto a fórmulas fijas"³⁷. Los caminos de Dios son caminos diversos de amistad, siempre única y diversa por personal, tanto desde Dios que llama como del destinatario. Dios abre a cada uno su personal camino.

No puede haber modelos rígidos, válidos para todos en la vida espiritual, sino que, por el contrario, se deben respetar las opciones de cada uno y sus itinerarios hacia Dios. S. Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús hablan de la pedagogía de Dios, de "la mano tan delicada del Espíritu Santo con la que Dios va ungiendo al alma contemplativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar"³⁸. "A cada una lleva Dios por diferentes caminos, que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro... Deben, pues, los maestros espirituales dar libertad a las almas, y están obligados a mostrarles buen rostro cuando ellas quisieran buscar mejoría"³⁹. San Juan de la Cruz huye "de las falsas generalizaciones; tiene siempre en cuenta la gran variedad de caminos posibles, y la suave y tierna adaptación de la dirección de la gracia a las necesidades particulares de cada alma"⁴⁰. Denuncia a "los maestros espirituales que, no entendiendo de oración ni vías del espíritu, no saben sino martillar y macerar las potencias como herrero y, porque él no enseña más que aquello y no sabe más que meditar"⁴¹. En el *Libro de las Fundaciones* Santa Teresa de Jesús declara que "no es mi intención ni pensamiento que será tan acertado lo que yo dijere aquí que se tenga por regla infalible, que sería desatino en cosas tan dificultosas. Como hay muchos caminos en este camino del espíritu, podrá ser acierto a decir de algunos de ellos algún punto. Si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro, y si no aprovechar a ninguno, tomará el Señor mi voluntad, pues entiende que, aunque no todo he experimentado, en otras almas sí lo he visto"⁴². Por eso el castillo interior tiene muchas moradas: "no consideren pocas piezas sino un millón, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intención"⁴³.

36 Santa Teresa de Jesús, "Moradas sextas, 8, 10", en *Obras completas*, 429.

37 Herp, E., *Directorio de contemplativos*, 160.

38 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva. Canc. 3, 43", en *Obras completas*, 997.

39 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva. Canc. 3, 59. 60", en *Obras completas*, 1008. 1009.

40 Stein, E., "Ciencia de la cruz", en *Obras completas, V. Escritos espirituales*, 231.

41 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva. Canc. 3, 43. 44", en *Obras completas*, 997-998.

42 Santa Teresa de Jesús, "Libro de las Fundaciones. Cap. V", en *Obras completas*, 531.

43 Santa Teresa de Jesús, "Moradas primeras, cap. 2", en *Obras completas*, 370.

El cristiano sabe que para un encuentro verdadero con Dios existe un solo Camino: el Camino Viviente que tiene por nombre Jesucristo, Camino que todos sin excepción debemos recorrer “hasta que alcancemos la unidad que es fruto de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, la edad adulta, el desarrollo que corresponde al complemento del Mesías” (Ef 4, 13). Cristo nos da “la llave para entrar en la casa del tesoro espiritual que se abre por la gracia del Espíritu Santo”⁴⁴.

3. La oración como amistad con Dios

“La oración es donde se halla Dios”⁴⁵, adentrarse en el misterio divino. Ciertamente Dios está en todas partes, comprendiéndolo todo. “Pero lo que es ser dentro de Dios no es lo mismo que el ser fuera de Él”⁴⁶. La oración no es tanto hablar a Dios cuanto escucharle y estar con Él. Orar es mirar al Padre, sentir el gozo de su presencia y entregarse a su voluntad. Cuando nuestra vida se convierte en un “hágase” gozoso y total al Padre, nuestra vida es oración, “un espejo magnífico en el que brilla el resplandor eterno de Dios”⁴⁷, una transparencia de Dios que vive en nosotros.

Se trata de una experiencia personal, de una vivencia permanente y amorosa de Dios secretamente, sin medio alguno entre Dios y el alma, de una “comunicación esencial de la Divinidad sin algún otro medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad, lo cual es toque de sustancias desnudas, es a saber, de el alma y la Divinidad”⁴⁸.

En la vida del creyente la oración es más una actitud que un conjunto de actos, es derramar el alma en la infinitud del Padre, acariciar con infinito respeto la Palabra de Dios, cerrar los ojos y escuchar. “Para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. Es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús”⁴⁹. ¿Cómo es esto posible? Sencillamente porque “lo primero que da Dios en cualquier momento es Él mismo”⁵⁰.

Tenemos experiencia de Dios porque el Señor mora dentro del alma y, por ello, puede realizar “toques sustanciales” en ella. La transformación es tal que, al final del proceso, “aunque en sustancia son diferentes el alma parece Dios, y Dios el alma”⁵¹. Se trata de una experiencia en la fe, pues se siente al mismo Dios, aunque escondido: “lo más alto que se puede sentir y gustar de Dios dista en infinita manera de Dios y del poseerle puramente”⁵². Vivimos la unión con Dios “a oscuras, fundando nuestro amor y gozo en lo que no vemos ni sentimos ni podemos ver ni sentir en esta vida”⁵³. Por eso si uno “sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a

44 Isaac de Nínive, “La oración”, en *El don de la humildad*, 131.

45 Santa Ángela de Foligno, *Libro de la vida*, 174.

46 Santa Ángela de Foligno, *Libro de la vida*, 117.

47 Ruysbroeck, *Elevaciones espirituales*, 147.

48 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 19, 4”, en *Obras completas*, 816.

49 Santa Teresa de Lisieux, “Manuscrito C-XI”, en *Obras completas*, 308.

50 Maestro Eckhart, *Tratados y sermones*, 488.

51 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 31, 1”, en *Obras completas*, 863.

52 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo 2, 4, 4”, en *Obras completas*, 299.

53 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo, 2, 24, 9”, en *Obras completas*, 379.

que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, aunque más ello sea"⁵⁴.

Orar es, "según el parecer" de Santa Teresa, "tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama"⁵⁵. La oración queda configurada como un acto en el que el hombre "trata con" Dios; relegando a la penumbra el contenido objetivo del acto: "de qué tratar". "Tratar de amistad" no es complemento objetivo sino modal. Se prescinde también de su ulterior finalidad: "para qué tratar de amistad con Él". La quintaesencia de la oración reside en la actuación misma de la relación de amistad entre las dos personas que logran entablarla; es, por tanto, "hacer amistad", "tratarse" dentro de la amistad.

Dos veces usa el verbo "tratar" al definir la oración. Con la expresión "tratar de amistad" podemos pensar en una actitud de base, un "ser amigos", mientras que "estando tratando" sería una concretización y un ejercicio de la amistad, un "hablar como amigos"; la primera expresión indica un estado, una continuidad: "somos amigos de Dios"; la segunda pone de relieve la forma concreta de vivir la amistad en el diálogo recíproco: manifestamos esta amistad hablando como amigos.

Tratar con Dios es tener conocimiento de Él y conversación. Hay que compaginar cercanía con sentido de la trascendencia. Nos dice: "tratar con Él como con padre y como con hermano, y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra"⁵⁶. Pero también tratarse en la amistad impone el respeto a la persona que tiene delante: "Si comienza a rezar las horas u el rosario, comience a pensar con quién habla y quién es el que habla para ver cómo le ha de tratar. Sí, que no hemos de llegar a hablar con un príncipe como con un labradorcito u como con una pobre como nosotras, que no va más que nos llamen tú que vos. Razón es que ya que, por la humildad de este Rey, si como grosera no sé hablar con Él, y no por eso me tiene en menos, ni deja de allegarme a sí, ni me echan fuera sus guardas (que saben los ángeles que están allí la condición de su rey, que gusta más de estas groserías de un pastorcito humilde que de las teologías muy ordenadas si no van con tanta humildad); ansí que no porque Él sea bueno hemos de ser nosotros descomedidos"⁵⁷. E insiste: "Sí, llegaos a pensar, en llegando, con quién vais a hablar u con quién estáis hablando. En mil vidas de las vuestras no acabaréis de entender cómo merece ser tratado este Señor, que tiemblan los ángeles delante de Él... No me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas, que esto es lo que hace no entender qué cosa es oración mental"⁵⁸.

Dios y Cristo adquieren rostro amigo. "Qué buen amigo es Dios"⁵⁹; "trata al hombre con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir"⁶⁰. "Cristo es muy buen amigo"⁶¹,

54 S. Juan de la Cruz, "Cántico B, 1, 4," en *Obras completas*, 742.

55 Santa Teresa de Jesús, "Libro de la Vida, 8, 5, en *Obras completas*, 50.

56 Santa Teresa de Jesús, "Libro de la Vida, 46, 3," en *Obras completas*, 281.

57 Santa Teresa de Jesús, "Camino de perfección, 37, 3," en *Obras completas*, 265.

58 Santa Teresa de Jesús, "Camino de perfección, 38, 1. 2," en *Obras completas*, 266. 267.

59 Santa Teresa de Jesús, "Libro de la Vida, 8, 6," en *Obras completas*, 51.

60 Santa Teresa de Jesús, "Libro de la Vida, 27, 9," en *Obras completas*, 120.

61 Santa Teresa de Jesús, "Libro de la Vida, 22, 10," en *Obras completas*, 102.

“el amigo verdadero”⁶². “Podemos tratar con Él como amigo, aunque es Señor”⁶³. Esa relación de amistad sólo pueden entenderla los que la experimentan. Insiste en que “muchos no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque le conocen por fe; mas es gran cosa saber por experiencia con el amistad y regalo que trata a los que van por este camino”⁶⁴.

En esta vida mortal, “podemos gozar con Dios con tal particular amistad” porque Él “comienza a tratar amistad con las almas por muy diferentes vías”. Como relación recíproca entre los dos amigos que son Dios y el hombre, Dios precede siempre, aunque misteriosamente; sigue la parte del hombre, y ésta prepara de nuevo la acción misteriosa de Dios, teniendo en cuenta que la parte que le corresponde al orante está impregnada de la presencia de la acción de Dios. Nuestra amistad con Él es respuesta a su amistad.

La oración consiste en tratar de amistad con Dios, y esto se hace “estando tratando”... Tautología sobre la cual acumulará todavía un triple complemento intensivo: estar tratando “muchas veces”. La amistad crece con ser comunicada y se enfría por falta de comunicación. Recomienda a las monjas llevar una imagen del Señor “para hablarle muchas veces —que Él os dará qué le decir— como habláis con otras personas. ¿Por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis si lo usáis; porque si no, el no tratar con una persona causa extrañeza y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aun aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación”⁶⁵.

Muchas veces “a solas”, con la intensidad de la intimidad y de la mutua focalización del tú a tú. En la oración se va más allá de lo general, de lo oficial y de lo reglamentario, para entrar en lo íntimo, lo personal y lo particular, a ejemplo de Abraham del que Santiago nos dice que “fue llamado el amigo de Dios” (St 2, 23), como Moisés “con quien Yahvé hablaba cara a cara, como habla un hombre a su amigo” (Ex 33, 11). “Importa muy mucho este entrarse a solas con Dios. Es mucho lo que se imprime aquí el amor de este Señor. Es llegarnos al fuego que, aunque le haya muy grande, si ascondéis las manos, mal os podéis calentar. Calor alcanza estando cerca... Aquí probará el Señor lo que le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen ni le siguen en sus trabajos”⁶⁶. “Hemos de procurar estar a solas, y aun plega a Dios entendamos con quién estamos y lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando aunque no lo oímos? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón. Prosupuesto esto que ha de ser a solas, bien es consideremos somos cada una de nosotras a quien enseñó esta oración el Señor y que nos la está mostrando, pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo que sea menester dar voces, sino muy junto”⁶⁷. “Estando sola hay que procurar tener compañía. Pues ¿qué mejor que el mismo Maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando. Y creedme, cuanto pudierdes, no andéis sin tan buen amigo. Si os acostumbraís a traerle cabe vos, y Él ve que lo hacéis con amor y

62 Santa Teresa de Jesús, “Libro de la Vida, 25, 17”, en *Obras completas*, 114.

63 Santa Teresa de Jesús, “Libro de la Vida, 37, 5”, en *Obras completas*, 169.

64 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 23, 5”, en *Obras completas*, 269.

65 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 26, 9”, en *Obras completas*, 276.

66 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 62, 1. 2”, en *Obras completas*, 302.

67 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 40, 4”, en *Obras completas*, 271.

que andáis procurando contentarle, no le podréis echar de vos, no os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros trabajos, tenerle heis en todas partes: ¿pensáis que es poco un tal amigo al lado?”⁶⁸.

Por fin, tratar “con quien sabemos nos ama”. En el amor se da el primado al amor de Dios, único que no falla. La expresión teresiana “con quien sabemos nos ama” tiene claras resonancias bíblicas: “Dios es Amor... Él nos amó primero... Hemos creído en el amor que Dios nos tiene” (1Jn 4, 8. 19. 16). Nuestro Dios es el Dios de los corazones, el Dios Amor, Aquel cuyas intenciones y obras están inspiradas por el amor. Dios no ha creado otra cosa que el amor y los medios del amor. Nuestro ser tiene perpetuamente por substancia el amor que Dios nos profesa. Jesús es “la manifestación de la bondad y del amor de Dios hacia los hombres” (Tt 3, 4).

“Lo que debe dominar en las oraciones, por diversas que ellas sean, lo que les da valor, es el amor con que son hechas; para todas las oraciones posibles es eternamente verdadero que la mejor oración es aquella donde hay mayor amor, y que la oración es tanto mejor cuanto es más amorosa. Orar es, sobre todo, pensar en Mí, amándome... Cuanto más se me ama, mejor se ora. La oración es atención del alma amorosamente clavada en Mí: cuanto más amorosa es la atención, tanto mejor es la oración”⁶⁹. Santa Teresa de Jesús insiste en que el amor es lo más importante: “no tiene precio la cosa más pequeña que se hace si va por amor de Dios”⁷⁰. “Gran cosa fue haberme hecho la merced en la oración que me había hecho, que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo vi nuevas en mí estas virtudes... Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo”⁷¹. Por eso, “para provechar mucho en este camino no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y ansí lo que más os despertare a amar eso haced”⁷²; “para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho”⁷³; concluye las *Moradas del castillo interior* enseñando a sus monjas “a no hacer torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen, y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vamos pudiendo cada día más y más”⁷⁴.

4. La oración como unión con Dios

La oración pone en marcha una circularidad dinámica entre el orante y Dios, una fusión misteriosa entre lo humano y lo divino. Dios y el hombre entrelazados: “como tú estás en mí yo estoy en ti”⁷⁵. Se trata de la lógica de la inhabitación mutua de la que habla Jesús: “Permaneced unidos a Mí, como yo lo estoy a vosotros” (Jn 15, 4). “De ninguna manera hay que entender la oración en primer lugar como una fuente de poder

68 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 42, 1”, en *Obras completas*, 273.

69 Carlos de Foucauld, *Escritos espirituales*, 162.

70 Santa Teresa de Jesús, “Fundaciones 12. 7”, en *Obras completas*, 553.

71 Santa Teresa de Jesús, “Libro de la Vida, 6, 3”, en *Obras completas*, 41.

72 Santa Teresa de Jesús, “Cuartas moradas, 1, 7”, en *Obras completas*, 383.

73 Santa Teresa de Jesús, “Moradas cuartas 2, 10”, en *Obras completas*, 387.

74 Santa Teresa de Jesús, “Moradas séptimas, 4, 18”, en *Obras completas*, 449.

75 Santa Ángela de Foligno, *Libro de la vida*, 115

psicológico ("cargar las pilas" se dice ahora), sino como el acto, dado a luz en el amor, de glorificación y adoración, tratando de responder de una forma primaria y original a un amor gratuito y mostrando así que ha comprendido la manifestación divina"⁷⁶.

La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en una comunión de voluntad que crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coincidan cada vez más. Se realiza una verdadera transformación del corazón. Esa plenitud de participación en la experiencia de Cristo que Máximo el Confesor denomina con un término muy incisivo, *divinización*. Se nos pide ser santos no porque Dios es santo, como se pedía en el Antiguo Testamento (Lv 19, 2; 20, 7. 26), sino ser santos como Él lo es: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48). "Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso" (Lc 6, 36). Lejos de ser algo esotérico y peligroso la unión con Dios es el término normal de la vida cristiana: "como Tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos en nosotros sean una sola cosa" (Jn 17, 21).

A menudo decimos a Dios: "yo me entrego a Vos, quiero unirme a Vos". Hablando de este modo somos sinceros, pero ¿no olvidamos que únicamente Él puede darse y elevar a un ser hasta un poco de unión con Él? La actitud que nos coloca plenamente en la verdad es la de la Presentación, por la cual nos exponemos humildemente a la irradiación del Ser infinito, con el ardiente deseo de que Él nos penetre y nos transforme en Sí.

La voluntad entrega en recíproco amor lo que de Dios ha recibido, o sea, el mismo Dios. Éste es el misterio de nuestra vida que nunca se deja dilucidar plenamente. Mi sed de conocerlo es, por el momento, mi forma de oración. No se trata de discutir ideas, de buscar la verdad, sino de vivirla y gozar de ese conocimiento experimental, oscuramente sentido, que es don del Espíritu Santo. Olvidándonos en el Tú de Dios, en una donación cada vez mayor, somos la manifestación de su Ser.

El amor es "medio formal y consumación de la unión": "La cosa amada se hace una sola cosa con el amante; y así hace Dios con quien le ama. De donde no se puede olvidar aquello sin olvidarse de la propia alma, y aun de la propia se olvida por la amada, porque más vive en la amada que en sí"⁷⁷. "Mediante el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra con Él... De manera que para que el alma esté en su centro basta que tenga un grado de amor... Y si llegare hasta el último grado, el alma habrá penetrado hasta su más profundo centro. Entonces será transformada de tal modo que parezca Dios"⁷⁸.

"Estar unido al Señor es ser un Espíritu con Él; todo queda transformado en cierto afecto divino; lleno ya de Dios, no se puede sentir o saborear sino a Dios y lo que Dios siente y saborea. Dios es amor, y cuanto más unido se está a Dios, tanto más lleno de Él se vive"⁷⁹. "Por el amor regresa el alma al Verbo para ser reformada y conformada a Él. Esta conformación desposa al alma con el Verbo, pues ya que es semejante a Él por

76 H. U. von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, 103.

77 S. Juan de la Cruz, "Carta 11", en *Obras completas*, 210.

78 S. Juan de la Cruz, "Llama de amor viva, 1, 12-13", en *Obras completas*, 923.

79 S. Bernardo, "Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 26", en *Obras completas V*, 373.

naturaleza procura también ser semejante a Él por el amor, amando como es amada. Y si ama perfectamente, se desposa... Se trata de un abrazo santo y espiritual. Un abrazo estricto, porque el hecho de querer y no querer al unísono hace de los dos un mismo espíritu"⁸⁰.

Comenzamos a ser cristianos por el encuentro con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"⁸¹. Este encuentro es la oración, un momento especialmente dedicado a poner en marcha nuestra fe con el deseo de llegar a Dios a través de este conocimiento oscuro y con miras a amarle más. El amor es "la sustancia de la perfecta oración"⁸². "La ilimitada entrega de amor a Dios y la donación de Dios a nosotros, la unión completa y duradera es la suprema elevación del corazón que nos es posible alcanzar, el supremo grado de oración"⁸³. "Son el espíritu y el corazón los que deben ir a Dios sin intermediario. Únicamente esto, y nada más, es la esencia de la verdadera oración. La ascensión del espíritu a Dios por el amor, el deseo interior y la humilde sumisión a Dios, son lo único que constituye la verdadera oración"⁸⁴.

El amor brota de Dios y vuelve a Dios ya que no es otra cosa que participación de la vida divina. "De su plenitud todos nosotros hemos recibido un amor que responde a su amor" (Jn 1, 16). El amor arranca de la mirada graciosa de Dios y culmina en la igualdad de amor entre Dios y el hombre. Dios mirando al alma "con misericordia imprime e infunde en ella su amor y gracia con que la hermosea y levanta tanto que la hace consorte de la misma Divinidad"⁸⁵, "porque ya dijimos que el mirar de Dios aquí es amar"⁸⁶: su gracia en mí tus ojos imprimían. "Poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor. Amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo, y así ama a el alma en sí consigo con el mismo amor que Él se ama"⁸⁷.

Cuando Dios ama al hombre no tiene otra medida al darse que la infinita plenitud de su Ser. El hombre es, en Dios, en cierta medida, Dios mismo, es Dios por participación del amor divino. El Amor no permite la distancia y logra la igualdad entre el amante y el amado. El hombre, que es deseo de Dios, no será plenamente hasta que no haya conseguido la plena semejanza con Dios. Con la creación comienza el proceso que culmina con la divinización del hombre.

La antropología cristiana parte del versículo del Génesis: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gn 1, 26). La imagen afirmaría que el hombre es capaz de Dios, mientras que la semejanza sería un proceso de asimilación a Dios. En el concepto de semejanza está implícito todo el proceso por el que el hombre, respondiendo al amor, se transforma en el mismo amor. El hombre que recibe el amor se eleva de su nada inicial a Dios. Al final del proceso el hombre será Dios. Lograr esa meta nos es prácticamente imposible; será también gracia de Dios, que debemos pedir en la oración:

80 S. Bernardo, "Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 83" en *Obras completas* V, 1029.

81 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.

82 Santa Teresa de Jesús, "Fundaciones, 5, 2" en *Obras completas*, 531.

83 Stein, E., "La oración de la Iglesia" en *Obras completas, V. Escritos espirituales*, 119.

84 Tauler, J., *Sermones. De Adviento a Pentecostés*, 179.

85 S. Juan de la Cruz, "Cántico B, 32, 4" en *Obras completas*, 868.

86 S. Juan de la Cruz, "Cántico B, 32, 3" en *Obras completas*, 868.

87 S. Juan de la Cruz, "Cántico B, 32, 6" en *Obras completas*, 868.

“Reconozco, Señor, y te lo agradezco, que has creado en mí esta imagen tuya, para que, recordándote, piense en ti y te ame. Pero está de tal modo borrada por el desgaste de los vicios, está tan oscurecida por el humo de los pecados, que, si tú no la renuevas y reformas, no puede hacer aquello para lo que fue creada”⁸⁸.

Cuando hablamos de la relación entre Dios y el hombre no podemos olvidar el abismo inmenso entre Dios y nosotros: la relación no es propiamente tal. Dios para conocer y amar no sale de sí mismo. Dios se conoce y se ama a sí mismo: conoce y ama al hombre en Él. “Cuando me miré a mí mismo, me enamoré de mi criatura. Me plugo crearla a imagen y semejanza mía con gran solicitud”⁸⁹.

La verdadera relación es la relación del Padre con el Hijo y del Hijo con el Padre. El Padre nos conoce y nos ama en el Hijo amado en el que ha puesto sus complacencias. En Cristo, el nuevo Adán, estamos todos nosotros y subsistimos en Él, como miembros suyos. Dios entra en relación sobrenatural con el hombre por el misterio de la Encarnación: el Verbo divino tomando la naturaleza humana nos ha tomado a todos nosotros. El Amado es el Hijo; en cuanto formamos con Jesús un solo Cristo somos Dios por participación. Nuestra semejanza con Dios se realiza en nuestra unión con Cristo, la verdadera imagen del Padre.

“Dios ama y la razón de su amor es Él mismo, no otro. Por eso precisamente es tan apasionado, porque carece de todo amor que no sea su mismo amor. A los que ama los tiene por amigos, no por siervos. Era el maestro y se hace amigo; no llamaría amigos a los discípulos, si no lo fuesen... Estar unido al Señor es ser un espíritu con Él. ¿Te extraña? Él se hizo como uno de nosotros. He dicho mal: no como uno, sino uno de nosotros. Es poco ser igual que el hombre: es hombre.”⁹⁰.

“Como en otro tiempo hablaba Moisés al Señor como un amigo a otro amigo y éste le respondía, así ahora entablan un diálogo familiar el Verbo y el alma, como si se tratase de dos vecinos. No es extraño. El amor entre ambos fluye de la misma fuente y lo fomentan mutuamente. Por eso vuelan del uno al otro coloquios tan dulces como la miel, se cruzan entre sí miradas cargadas de encanto que reflejan su santo amor. Él termina llamándola amiga, reconoce su hermosura, repite esos requiebros y escucha las mismas lisonjas de labios de la esposa”⁹¹.

En todas las grandes religiones y también en la Sagrada Escritura se recurre a la clave nupcial para expresar la relación íntima y profunda que existe entre Dios y los hombres. La relación matrimonial, en la que “marido y mujer son un solo ser (Gn 2, 24) es un símbolo magnífico; yo lo estoy aplicando a Cristo y a la Iglesia” (Ef 5, 31-32).

“La Escritura a través de figuras nos da a conocer a Dios para que le amemos; con imágenes conocidas y tomadas de las criaturas sensibles, como si fuese una bebida de

88 S. Anselmo, *Obras completas*, BAC, Madrid 2008, 364-366.

89 Santa Catalina de Siena, “La Providencia divina”, en *Obras de Santa Catalina de Siena*, 335. Así oraba a la Santísima Trinidad: “Tú, Dios eterno, me viste y conociste dentro de ti, y porque me viste en tu luz, enamorado de tu criatura, la sacaste de ti y la creaste a tu imagen y semejanza”, *Id.* 455.

90 S. Bernardo, “Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 59”, en *Obras completas* V, 747.

91 S. Bernardo, “Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 45”, en *Obras completas* V, 597.

composición vulgar, nos brinda al espíritu humano lo más maravilloso, lo desconocido e invisible de Dios⁹². En los profetas y en el Cantar de los Cantares el amor entre Dios y el hombre se simboliza por medio del amor conyugal (Os 2, 16-25; Jr 2, 12; Ez 16). “Los profetas Oseas y Ezequiel sobre todo han descrito la pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución⁹³. También Jeremías emplea la imagen del amor conyugal (2, 2), cuando Israel seguía fielmente a su Señor por el desierto; mas Israel sucumbió ante otras seducciones. Yahvé espera a su amada; no se cansa de llamar a Israel a la conversión (4, 1). El tema aparece en el deuterio-Isaías: la esposa de Yhavé ha sido abandonada por Él, en un instante de cólera, para después volver a ella, compadeciéndola con un amor eterno (Is 54, 5-8). Este mismo profeta pone el amor de Dios por encima del de una madre a sus hijos: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de su entrañas?, pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (Is 49, 15).

En la literatura espiritual abundan imágenes tomadas de la vida matrimonial. S. Juan Clímaco, que recoge en su obra *Escala espiritual* una síntesis de la espiritualidad de la era patrística, piensa que “no hay inconveniente en valerse de comparaciones humanas para expresar el amor de Dios. Dichoso el que ama y suspira por Dios como el apasionado amante por la persona amada: “No estrecha una madre a su niño tanto como se une con Dios en todo tiempo el que le ama”. “El que está verdaderamente enamorado tiene ante los ojos de su mente el rostro de la persona amada y lo abraza tiernamente. Aun durante el sueño no encuentra sosiego su deseo y susurra por el amado⁹⁴. Aunque sean unas expresiones impropias, -“grosera comparación” escribe Santa Teresa-, valen para transmitir las íntimas experiencias de Dios⁹⁵.

El alma se transforma en su Dios: “el matrimonio espiritual es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación cuando se puede en esta vida⁹⁶... “Se hace tal junta de las dos naturalezas y tal comunicación de la divina a la humana que, no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios. Aunque en esta vida no puede ser perfectamente... En esta alma se verifica aquello que dice san Pablo: “Vivo, ya no yo, pero vive en mí Cristo” (Ga 2, 20)⁹⁷.

El hombre tiene que unirse a Cristo para que luego, una vez hecho uno con Él, se haga digno de vivir en la intimidad misma de Dios. Es la unidad con el Dios hecho hombre lo que le permite vivir su unión nupcial con Dios. Nuestra relación personal con Cristo obra una especie de divinización del hombre. “A quien ama a Jesús el Padre le demostrará su amor: vendremos a Él y nos quedaremos a vivir con él” (Jn 14, 23).

La doctrina del amor se identifica con la doctrina de la vida íntima de Dios, con la doctrina de la Trinidad, porque Dios es amor. El principio de la mística trinitaria es el

92 S. Bernardo, “Sermones sobre el Cantar de los cantares. Sermón 74” en *Obras completas* V, 927.

93 Benedicto XVI, *Deus caritas est* 9, 31.

94 S. Juan Clímaco, “Escalón 30. Fe, esperanza, caridad”, en *Escala espiritual*, 256.

95 Santa Teresa de Jesús, “Moradas quintas. Cap. 4, 3”, en *Obras completas*, 401.

96 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 22, 3”, en *Obras completas*, 827.

97 S. Juan de la Cruz, “Cántico B, 22, 6”, en *Obras completas*, 828.

amor: "Para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros... Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí... Yo les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17, 21-26).

Estas palabras son las más altas del cuarto evangelio, las más elevadas y desconcertantes de toda la sagrada Escritura. El amor de Dios al hombre y del hombre a Dios se revela como misterio: es participación de la vida íntima de Dios y tiene sus leyes y sus condiciones en la relación inefable del Padre con su Hijo unigénito y del Hijo con su Padre. Antes de amar al hombre Dios ama a su Hijo y ama luego al hombre en su Hijo, y de este modo el hombre ama también a Dios en el amor mismo del Hijo a su Padre celestial. El Padre ama a Jesús y Jesús ama al Padre: en este amor eterno e infinito está su unidad. A esta unidad están llamados los hombres y son atraídos a ella por la potencia de este mismo amor.

Poseyendo la vida divina los cristianos disfrutan de los bienes espirituales que ésta implica. Ellos se ven sumergidos en ese río infinito de amor que parte del Padre para desembocar en el Hijo, comunicándole la divina naturaleza. Es cierto que los cristianos no tienen la plenitud divina; sin embargo, participan de ella en algún modo.

S. Juan de la Cruz así habla de la unión del alma con Dios: "estando ella hecha una misma cosa en él, en cierta manera es ella Dios por participación, que, aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es como la sombra de Dios. Y a este talle, siendo ella por medio de esta sustancial transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que Él hace en ella por sí mismo al modo que Él lo hace, porque la voluntad de los dos es una, y así la operación de Dios y de ella es una. De donde como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en Dios, está dando a Dios al mismo Dios en Dios"⁹⁸. "Entre Dios y el alma está formado un amor recíproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la esencia divina, poseyéndolos cada uno libremente por razón de la entrega voluntaria del uno al otro, los poseen entrambos juntos, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por san Juan, es a saber: Todos mis bienes son tuyos, y tus bienes míos, y clarificado soy en ellos"⁹⁹.

El amor cristiano está basado en una transformación total del hombre, fruto de la unión íntima entre lo divino y lo humano, y se actúa necesariamente y se demuestra exteriormente en el cumplimiento de la voluntad de Dios, por el que el fiel obra casi de un modo divino. Observar los mandamientos es el acto de un amor divino. No ya una obediencia a un mandato externo, sino una sumisión plena de la voluntad humana, un don total de sí mismo a Dios, mediante el cual Dios nos posee y hace de nosotros el instrumento con el que Él mismo obra.

⁹⁸ S. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 3, 78", en *Obras completas*, 1023.

⁹⁹ S. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 3, 79", en *Obras completas*, 1024.

5. Conclusión

La oración de Jesús es la clave para entender la oración de la Iglesia. Jesús no es sólo maestro y modelo de oración. Jesús es nuestra oración.

Adiós, pues, a una visión funcionalista de la oración. El misterio divino revelado por Jesús no es un “Dios tapa-agujeros” sino el Padre providente que en Cristo nos lo ha dado todo. Ya no más pedir favores a Dios, sino pedir su Espíritu para poder vivir mejor cada día la vida divina. Así lo enseñan los maestros de la vida espiritual: “Los dones de Dios no son Dios mismo. No hay que complacerse sino en Dios, y no en sus dones”¹⁰⁰. “Grande mal es tener más ojo a los bienes de Dios que al mismo Dios.”¹⁰¹. “A solo Él debemos buscar y a solo Él pretender. Quien alguna cosa criada en Dios mira a Dios no mira. Porque en Él no se ha de buscar ni sus dones, ni su gracia, ni otras cosas deseables de principal intento, mas Él solo en quien están todas las cosas, su gracia y sus dones, y cualquier otro bien que pensar se pueda”¹⁰². Orígenes insistía en que “no se han de pedir cosas superfluas ni terrenas... Buscad lo grande; las cosas pequeñas os vendrán por añadidura. Buscad las cosas del cielo, las de la tierra os vendrán por añadidura. Vosotros que deseáis ser espirituales, buscad por vuestras oraciones las cosas celestiales y grandes, para que obteniéndolas como celestiales heredéis el reino de los cielos y siendo grandes disfrutéis grandemente de las cosas buenas. En cuanto a las cosas que necesita vuestra vida corporal, el Padre os las concederá a medida que las necesitéis”¹⁰³. Explica largamente la petición del Padrenuestro “Danos hoy nuestro pan de cada día” insistiendo en que se trata de la Eucaristía: “¿cómo aquél que nos manda pedir cosas grandes y celestiales puede mandarnos pedir pan para el cuerpo, lo cual no es ni grande ni celestial? Parece como si se hubiese olvidado de sus enseñanzas y nos mandase presentar súplicas al Padre por algo terreno y sin importancia”¹⁰⁴.

S. Bernardo, reflexionando sobre los sentimientos del alma hacia Dios, nos dice que algunos actúan considerando a Dios como Patrón, otros como Señor o Maestro, otros como Padre y algunos como Esposo. Hay distintos grados de oración desde la etapa infantil hasta la madurez del adulto. “Cuando el corazón está totalmente purificado, el alma no desea ni pide otra cosa a Dios que el mismo Dios. Tras múltiples experiencias ha comprendido que *el Señor es bueno con los que esperan en Él y con el alma que le busca*. Por eso proclama con todo el afecto de su corazón y plenamente convencida aquello del salmista: *¿Qué otra cosa existe para mí en el cielo, y fuera de ti qué me importa la tierra? Se consumen mi corazón y mi carne por Dios, mi lote perpetuo*. Esta alma no busca su interés, ni su felicidad, ni su gloria o cosa semejante, ni se guía por un amor centrado en sí misma. Se lanza sin reserva hacia Dios, que absorbe todo su deseo, para que el Rey la introduzca en su tálamo y pueda abrazarla y gozar de Él”¹⁰⁵. E insiste: “Orar es lo mismo que buscar al Verbo. No orarás rectamente si en la oración buscas algo más que al Verbo o no lo buscas por el Verbo, porque en Él se en cierra

100 Tauler, J., *Sermones. De Adviento a Pentecostés*, 169-170.

101 S. Juan de la Cruz, “Dichos de luz y amor, 137” en *Obras completas*, 169.

102 Tauler, J., *Instituciones. Temas de oración*, 185.

103 Orígenes, *Sobre la oración*, 88. 98.

104 Orígenes, *Sobre la oración*, 124-133.

105 S. Bernardo, “Sermones varios. Sermón 9”, en *Obras completas VI*, 107.

todo: el remedio de las heridas, la ayuda en las necesidades, la compensación de los defectos, la facilidad para avanzar y finalmente cuanto el hombre puede recibir y tener, cuando le conviene y necesita. Por tanto, es inútil pedir algo distinto del Verbo, porque Él es todo. Si pedimos las cosas temporales necesarias, las pedimos si al Verbo así le place, como debe ser; no las buscamos por sí mismas, sino más bien por la causa que nos mueve a pedir las. Esto lo saben los que suelen encauzarlo todo para alcanzar el Verbo”¹⁰⁶.

Santa Teresa de Jesús prohíbe a sus monjas llevar a la oración del Padre nuestro el pan material, tal como los más lo entienden: “Ese otro pan de los mantenimientos y necesidades corporales no quiero yo pensar se le acordó al Señor de esto ni querría se os acordase a vosotras. Estános enseñando a poner nuestras voluntades en las cosas del cielo y a pedir le comencemos a gozar desde acá, ¿y nos había de meter en cosa tan baja como pedir de comer?”¹⁰⁷ Y le dice al Señor: “Cuando os pidiéramos honras, no nos oyáis, Señor mío, u rentas, u dineros u cosa que sepa a mundo”¹⁰⁸.

S. Juan de la Cruz enseña que “acerca del rezar no quieran arrimar la voluntad a otros modos de oraciones de las que nos enseñó Cristo; sólo nos enseñó aquellas siete peticiones del *Pater noster* y no les dijo otras muchas maneras de palabras y ceremonias...; no nos enseñó variedades de peticiones, sino que éstas se repitiesen muchas veces y con fervor y con cuidado, porque en éstas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene”¹⁰⁹.

En la oración buscamos a Dios, se nos da Dios para hacernos semejantes a Él, “Dios por participación”. No podemos “entremeter la afición de otras cosas...el que quiere amar otra cosa juntamente con Dios, sin duda es tener en poco a Dios, porque pone en una balanza con Dios lo que sumamente dista de Dios...mucho agravio hace a Dios el alma que con él ama otra cosa o se ase a ella... En la oración sólo Dios en el alma está: ni ha de faltar amor de Dios ni tampoco otro amor ajeno se ha de mezclar”¹¹⁰. En esta donación de Dios “es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada... Su negocio es ya solo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma hacer obrar y mover al alma en ella y así todos los movimientos del alma son divinos; y aunque son suyos, de ella lo son, porque los hace Dios en ella con ella que da su voluntad y consentimiento”¹¹¹.

Nada más y nada menos. Si estas ideas te parecen extrañas no la tomes conmigo, sino con esos grandes santos que tanto, decimos, admiramos. Mi único trabajo ha consistido en entresacar algunas ideas de sus obras, que encarecidamente te recomiendo. Mías son tan sólo estas preguntas que no me dejan tranquilo: ¿cómo rezamos para que en nosotros no se realice la palabra de Jesús que nos dice que Dios nos concede todo lo que le pidamos en su nombre? O ¿es que no pedimos en el nombre de Jesús? ¿Por qué de los encuentros con el Señor no salimos transformados?

106 S. Bernardo, “Sermones al Cantar de los cantares. Sermón 86”, en *Obras completas* V, 1065.

107 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección, 60, 2”, en *Obras completas*, 303.

108 Santa Teresa de Jesús, “Camino de perfección 4, 1”, en *Obras completas*, 205.

109 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo. L. 3. C. 44, 4”, en *Obras completas*, 479.

110 S. Juan de la Cruz, “Subida del Monte Carmelo. L. 1, 5, 4. 5. 7”, en *Obras completas*, 268. 270.

111 S. Juan de la Cruz, “Llama de amor viva, 1, 9”, en *Obras completas*, 921.

La oración cristiana es la que en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre.

Jesús Amigo, mi Vida, mi Verdad y mi Camino. Enséñame a orar; concédeme la oración que Tú quieres que haga. Cuando no pienso en Ti rezo como los paganos (Mt 6, 7) buscando mis cosas y no la voluntad del Padre.

Ora en mí, sé Tú mismo mi oración.

6. Bibliografía

AGUSTÍN San, *Obras completas*, edición bilingüe promovida por la Federación Agustiniiana Española, BAC, Madrid 1957-2004. *Confesiones*, BAC (minor), Madrid 1988.

ANGELA DE FOLIGNO, Santa, *Libro de la vida*, Sígueme, Salamanca 1991.

ANSELMO San, *Obras completas I y II*, BAC, Madrid 1952.

BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2007. Encíclica *Deus caritas est*, San Pablo, Madrid 2006. *Carta apostólica Porta fidei*, San Pablo, Madrid 2011. *Estrella de la esperanza*, San Pablo, Madrid 2013.

BENITO DE NURSIA San, *Regla de los monjes*, Sígueme, Salamanca 2006.

BERNARDO, San, *Obras completas*, edición bilingüe promovida por la Conferencia Regional de Abades Cistercienses, BAC (11 tomos), Madrid 1953-1993.

CASIANO, J., *Conversaciones sobre la oración*, Sígueme, Salamanca 2013.

CATALINA DE SIENA Santa, *Obras*, BAC, Madrid 2011.

CONGAR, Y., *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983.

DE FOUCAULD, C., *Écrits spirituels*, J. de Gigord, Paris 1964. Directorio, Herder, Barcelona 1963.

ECKART MAESTRO, *Tratados y Sermones*, Edhasa, Barcelona 1983.

FRANCISCO Papa, *Lumen fidei*, San Pablo, Madrid 2013.

GRACIÁN, B., *Obras completas*, Espasa Calpe, Madrid 2001.

GREGORIO DE NISA San, *Sobre la vida de Moisés*, Ciudad Nueva. Madrid 1993. *Comentario al Cantar de los Cantares*, Sígueme, Salamanca 1993.

HEIDEGGER, M., *Estudios sobre mística medieval*, Siruela, Madrid 1997.

HERMANO SAN RAFAEL, *Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos 2011.

HERP, E., *Directorio de contemplativos*. Sígueme, Salamanca 1991.

ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, Sígueme, Salamanca 2007.

JUAN CLÍMACO San, *Escala espiritual*, Sígueme, Salamanca 1998.

JUAN DE ÁVILA San, *Audi, filia*, BAC, Madrid 1999.

JUAN DE LA CRUZ San, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002.

MARION, J. L., *Prolegómenos a la caridad*, Caparrós, Madrid 1993. *El ídolo y la distancia*, Sígueme, Salamanca 1999.

MERTON, T., *Pensamientos de la soledad y la paz monástica*, Sudamericana, Buenos Aires 1960. *El ascenso a la verdad*, Sudamericana, Buenos Aires 1958. *Nuevas semillas de contemplación*, Sudamericana, Buenos Aires 1963. *La senda de la contemplación*, Rialp, Madrid 1995. *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander 2006. *Querido lector... (Reflexiones sobre mi obra)*, Centro Internacional de Estudios místicos, Ávila, 1997.

NEWMAN, J. H., *Apología "pro vita sua"*, BAC, Madrid 1977.

ORÍGENES, *Exhortación al martirio. Sobre la oración*, Sígueme, Salamanca 1991. *Comentario al Cantar de los Cantares*, Ciudad Nueva, Madrid 1986. *Homilias sobre el Cantar de los Cantares*, Ciudad Nueva, Madrid 2000.

PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Obras completas*, BAC, Madrid 1990.

RAHNER, K., *Escritos de Teología I-VII*, Taurus, Madrid 1967-1969. *Espíritu en el mundo*, Herder, Barcelona 1963. *Homiliario bíblico*, Herder, Barcelona 1967. *Experiencia del Espíritu*, Narcea, Madrid 1978. *Palabras al silencio*, Verbo Divino, Estella 1984.

RUYSBROECK, J., *Bodas del alma. La Piedra brillante*, Sígueme, Salamanca, 1989.

SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO, *Plegarias de Luz y Resurrección*, Sígueme, Salamanca 2004.

STEIN, E., *Escritos espirituales. Obras completas V*, El Carmen, Burgos 2004.

TAULER, J., *Instituciones. Temas de oración*, Sígueme, Salamanca 1990. *Sermones. De Adviento a Pentecostés*, Sígueme, Salamanca 2010.

TERESA DE CALCUTA Beata, *Ven, sé mi luz*, Planeta, Barcelona 2008. *Seremos juzgados sobre el amor*, Paulinas, Madrid 1984. *Orar*, Planeta, Barcelona 1997. *Camino de sencillez*, Planeta 1997.

TERESA DE JESÚS Santa, *Obras completas*, BAC, Madrid 1979.